

conocidas del escritor gallego, descubriendo aspectos inéditos de su personalidad y de su trayectoria. Ha bastado con que se abrieran algunos archivos —de particular importancia es el legado manuscrito Valle-Inclán Alsina— y que se haya continuado recuperando la documentación de don Ramón dispersa por la prensa. Uno de los aspectos atractivos de este libro es justamente la revisión sobre lo acontecido y el recuento de aportaciones significativas a la formación de este ya bien nutrido *corpus*, que debe ser en el futuro una de las bases sobre la que se construya una necesaria biografía del escritor documentada y puesta al día.

Como el movimiento se demuestra andando, el resto del libro es el estudio de una serie de misivas concretas, con una primera sección de cartas inéditas y otra de cartas recuperadas, con cinco y seis apartados respectivamente. Cada uno de ellos es como una tesela para esa necesaria reconstrucción del mosaico de la vida de don Ramón. Comparecen sus amigos —caso del político Fernando de los Ríos—, artistas como el escultor Juan Cristóbal o el pintor cántabro Gerardo de Alvear. Otras misivas proporcionan informaciones sobre su posicionamiento ante el galleguismo u otros acontecimientos políticos del día. Alguna carta aporta información sobre la difusión de sus obras —ese campo tan necesitado todavía de estudios sistemáticos—, ya que surgen del contacto con sus traductores —el checo Antonín Pikhart—o con libreros y editores con quienes se relacionó tratando de hacer valer su peculiar forma de entender la edición literaria: Fabián García y Fernando Fe. Y no falta algún fleco novelesco como sucede con una carta interceptada por los servicios secretos franceses.

La transcripción es siempre cuidada, se incluyen reproducciones fotográficas de las cartas y los comentarios a cada una de ellas constituyen una pequeña monografía llena de datos y matices. No en vano Serrano Alonso es el mejor conocedor de la bibliografía valleinclaniana. Hasta tal punto se nota que la mención del traductor checo le da pie para presentar una relación de traducciones de textos de Valle-Inclán en vida del autor (pp. 23-25). Si en los toros hasta el rabo cuenta, también en este libro su «Coda y Addenda» finales resultan sabrosas incitaciones a seguir hurgando en las hemerotecas a la búsqueda de textos olvidados de don Ramón: le sirven a Serrano Alonso para llamar la atención sobre dos publicaciones periódicas no localizadas —*La Voz de Arosa* y *La Crónica Mercantil*— donde existen muchas posibilidades de que haya textos del joven escritor.

Los epistolarios de escritores permiten entrar en sus talleres, conocer la sociabilidad artística de su tiempo, sus posicionamientos estéticos. En su brevedad, este libro ofrece un valioso ejemplo sobre como proceder con estos materiales que con sus luces indirectas iluminan aspectos de la vida y de las obras de los grandes autores que de otro modo resultarían inaccesibles.

JESÚS RUBIO JIMÉNEZ.
UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

Antonio Vilanova. *La letra y el espíritu (1950-1960). Letras universales. Prólogo de Adolfo Sotelo Vázquez. Alba Guimerá, Gemma Márquez y Blanca Ripoll (eds.). Madrid. Devenir el otro. 2014. 309 páginas.*

La década de los años 1950-60 no fue un periodo particularmente propicio para el desarrollo de la cultura en España. Por el contrario, esos años, en general funestos para la vida intelectual española, se caracterizaron por carencias fundamentales en el discur-

so de las ideas y el arte. De todas las deficiencias propias de esa época, una de las más frustrantes fue el aislamiento y la incapacidad de inserción del país en el mundo. El déficit internacional de que ha adolecido con frecuencia la escena cultural española quedó magnificado, en esos años de autarquía y provincianismo, hasta hacerse abrumador. No obstante, hubo excepciones a esta orientación predominante. Juan Goytisolo en literatura, Juan Antonio Bardem en cine, José Luis Aranguren en filosofía son algunas de las figuras destacadas que se opusieron al asfixiante ambiente interior e intentaron abrirlo a temas y registros externos. El libro *La letra y el espíritu (1950-1960). Letras universales* recuerda y articula la aportación de una figura del campo de la crítica literaria, Antonio Vilanova, para facilitar el acceso en el medio literario del país a los autores internacionales más determinantes de la primera mitad del siglo XX. El libro está prologado por un discípulo de Vilanova, el catedrático de la Universidad de Barcelona, Adolfo Sotelo Vázquez, y la edición, rigurosa y cuidadosamente estructurada, está a cargo de Alba Guimerá, Gemma Márquez y Blanca Ripoll. Dos son las cualidades más comprensivas del libro: dibuja un perfil intelectual y profesional de Vilanova como crítico y ensayista y, al mismo tiempo, pone de relieve el esfuerzo excepcional que era preciso realizar, en esos años de represión y temor, para mantener un diálogo activo con las corrientes definitivas del momento. Desde sus ensayos semanales en la revista *Destino* de Barcelona, Vilanova conversó con los grandes textos de la época y los acercó a un público que carecía de los medios para participar de manera efectiva en el debate intelectual internacional al estar privado del conocimiento de sus referentes más destacados.

Los rasgos de la metodología de Vilanova seguida en sus ensayos de la década recogida en el volumen son varios y voy a exponerlos brevemente a continuación tal como se hacen patentes en el libro.

Los artículos están dedicados invariablemente a autores no españoles o hispanos y proceden mayoritariamente de la literatura en otras lenguas europeas, con particular insistencia, las de Francia, Inglaterra, Alemania, Rusia y Estados Unidos. Los artículos presentan y analizan para el público español, desconectado y deficientemente informado de los grandes hechos literarios de la época, la obra de André Gide, Simone de Beauvoir, T.S.Eliot, Herman Hesse y Boris Pasternak, entre otros renombrados autores del momento. Es importante destacar que los artículos revelan una lectura analítica y minuciosa de obras complejas y de difícil análisis y ponen de manifiesto el conocimiento amplio y profundo de Vilanova de toda la literatura del periodo. Los ensayos constituyen así una réplica a la regresividad y las limitaciones de la época. Vilanova es un lector y crítico que presenta los textos y las ideas más acuciantes del momento de manera estimulante y lúcida.

Como indica Adolfo Sotelo en su perceptivo y bien documentado prólogo, la influencia teórica predominante de la crítica de Vilanova es la obra de Ortega y Gasset y, en particular, dos conceptos suyos enunciados en *El espectador*. En el primero, Ortega afirma que "no es lícito censurar a un autor porque no abraza las mismas intenciones estéticas que nosotros tenemos. Antes de juzgarlo tenemos que entenderlo." Vilanova comparte este criterio orteguiano y ubica los textos y los autores a partir del medio temporal y espacial en el que aparecen sin tratar de imponer un juicio preestablecido que pudiera distorsionarlo y falsificarlo. El segundo concepto de Ortega complementa y completa el primero: "El crítico ha de ser un hombre de su tiempo... ha de hacernos comprender el arte del momento en que vive, que es también el nuestro, que a menudo valoramos a través de sus ojos, tal como ha sido juzgado por él." Además de ser fiel a la circunstancia histórica específica en que se sitúa el texto bajo su conside-

ración, el crítico ha de ser capaz de enmarcarlo dentro de unos parámetros conceptuales renovadores que nos acerquen la obra de un pasado más o menos lejano a la circunstancia actual específica, en otras palabras, que hagan vivir la textualidad de otro momento, nación y lengua dentro de nuestra realidad y la hagan conversar con ella, estableciendo puentes de intercambio humano y artístico.

Este hecho puede parecer convencional en el contexto del pensamiento y la crítica de la era posnacional y global, que es la nuestra. No obstante, en la España de los años cincuenta, ese objetivo era difícilmente realizable a causa de las numerosas cortapisas institucionales y culturales que se interponían entre el autor y su obra. La crítica de Vilanova cumplió esa función de apertura dialógica improbable, pero esencial y necesaria. Abrió las ventanas del reducido espacio cultural nacional a las voces más significativas e impactantes del contexto internacional y las hizo parte ineludible, aunque limitada, del discurso intelectual más vital de la época por encima de las restricciones de las dos censuras predominantes: la oficial, omnipresente y arrogante, y otra, más latente e insidiosa, que fue la censura internalizada en la conciencia de los intelectuales del momento.

Adolfo Sotelo destaca que el núcleo de los artículos de Vilanova está dedicado a la novela y los grandes novelistas—que se han convertido ya en canónicos—y pone de relieve que el método de análisis de Vilanova para el análisis de la ficción se ajusta al paradigma epistemológico y formal de la gran novela propia de lo que la crítica angloamericana denomina *high modernism* y en términos más generales podemos definir como alta modernidad. Ese paradigma comprende novelistas tan determinantes como Franz Kafka, Thomas Mann, Virginia Woolf y James Joyce (y Ramón Pérez de Ayala en el medio español). Vilanova identifica los rasgos determinantes de ese concepto del arte que se adhiere a una estética clasicista y selectiva del texto y de ese modo cumple con una función didáctica para un público que carecía de los medios para mantenerse al día de las corrientes estéticas contemporáneas. Sotelo enumera seis rasgos de esa novelística, entre los cuales destaca la ruptura de la linealidad temporal y del mimetismo representacional espacial y el cuestionamiento y la parcelación del pacto biográfico, propio de los principios del realismo tradicional.

Este modelo de interpretación produce lecturas inesperadas para el momento y a que, por su ambición innovadora, superan plenamente los principios de la crítica aferrada al dato positivista y la acumulación de información carente de un paradigma hermenéutico creativo. Los autores elegidos por Vilanova para la verificación de sus ideas son comprensiblemente los que actualizan de manera más apropiada esta visión personalizada y no representacional de la novela. Hay dos que ocupan preferentemente su atención. El primero es William Faulkner del que Vilanova enfatiza dos aportaciones centrales para el desarrollo de la novela en el siglo XX. La primera consiste en que la narrativa de Faulkner supera la interiorización de la conciencia y el *stream of consciousness*, según los propone James Joyce en *Ulyses*. Faulkner traslada los criterios clásicos y racionalistas de la alta modernidad al irracionalismo premoderno y caótico del sur profundo de los Estados Unidos en donde puede explorar e investigar los componentes más primarios de la condición humana que el Dublín metafóricamente homérico no podía proporcionar. Esa misma irracionalidad es la que luego conecta a Faulkner con Juan Benet y Gabriel García Márquez, y más recientemente, con Roberto Bolaño y Rafael Chirbes, aunque ya a partir de las mediaciones y filtros cognitivos y estéticos propios del movimiento posmoderno.

La segunda aportación capital de Faulkner a la novela contemporánea es su capacidad para la creación de una épica de la perversidad ingénita en los estereotipos racia-

les y religiosos de las comunidades atávicas y cerradas como el sur americano, condicionado por sus prejuicios morales y sociales irreductibles y el resentimiento perenne de la derrota de sus principios en la guerra civil contra el norte del país. Faulkner hace una exposición del odio no para glorificarlo sino para mostrar su autodestructividad intrínseca, su esterilidad para crear una comunidad fundamentada en la convivencia y no en la opresión y la manipulación de un grupo social sobre otro. Así lo había hecho siempre la raza blanca con relación a los negros, que solo habían dejado la esclavitud desde el punto de vista legal pero no en la práctica social diaria. Es consecuente con esta visión del autor sureño el que Vilanova destaque como la obra máxima de Faulkner *Ligth in August* (*Luz de agosto*) y no, como es más habitual, *The Sound and the Fury* (*El sonido y la furia*) en cuanto que *Luz de agosto* es la exposición grotesca de la silenciada opresión racista en un sur esperpéntico e hiperbólico, que guarda paralelos con la España dislocada de la tradición, característica de Valle-Inclán.

Solo otro novelista merece mayor admiración y elogio que Faulkner por parte de Vilanova: Albert Camus. Es notable que sea Camus y no Jean-Paul Sartre el autor de la década de los cincuenta que despierta mayor atención en el crítico. Lo es especialmente porque, tras el prolongado período de olvido y menosprecio en que lo sumió el pensamiento ortodoxamente *engagé*, el autor argelino ha retornado al centro de la discusión intelectual. Y lo ha hecho precisamente desde la periferia geográfica y filosófica en la que siempre se había movido y que le permitió mantener su autonomía de juicio en unos tiempos en que esa independencia ideológica podía tener consecuencias deletéreas para la imagen y la carrera profesionales de un escritor.

Camus le interesa a Vilanova sobre todo porque lo concibe como la proyección del modelo de cultura serena y equilibrada mediterránea que inspiró la obra de Eugeni d'Ors frente a lo que el ensayista y filósofo catalán consideraba el torbellino romántico de filiación germánica. En lugar de las estructuras de ingeniería cognitiva y social que engendró el siglo diecinueve sobre todo en la llamada *Mittel Europa*, (Hegel, Marx, Nietzsche, Freud), Vilanova opta por la lucidez y la ecuanimidad intelectual y emotiva que propone D'Ors como modelo existencial individual y como programa colectivo para las comunidades histórica y culturalmente traumatizadas, como España.

Camus aporta a la Europa espiritualmente desahuciada de la posguerra lo que el historiador británico Tony Judt caracteriza como la integridad de una ética desontologizada y no ideológica, apoyada en la inviolable autonomía de la subjetividad por encima de esquemas totalizantes. Vilanova se rebela contra las propuestas sistemáticas y omnicomprendivas y se identifica con un concepto clásico del humanismo en cuanto que hace suya la herencia cultural de la humanidad *in toto* y no solo por parcelas y sectores epistemológicos que es a lo que nos ha acostumbrado el pensamiento y la crítica en su versión posestructuralista y posmoderna. Hacer de la aventura y la experiencia de la humanidad, trágica e inspiradora a la vez—la guerra puede generar un Guernica, por ejemplo—, una motivación creadora para la conducta individual y colectiva. Una pedagogía de la ética individual y comunitaria: eso es lo que intenta ofrecernos, según Vilanova, la gran novela y literatura de las primeras seis décadas de un siglo frenéticamente turbulento. El libro es una muestra ilustrativa y clarividente de ese período que sería prudente no minimizar desde el olvido o la memoria meramente melancólica y nostálgica.

GONZALO NAVAJAS
UNIVERSIDAD DE CALIFORNIA, IRVINE